

José Luis Ramos Gorostiza*

EL SOCIALISMO FABIANO ANTE LA PLANIFICACIÓN CENTRALIZADA: EL VIAJE DE BEATRICE WEBB A LA RUSIA ESTALINISTA

A través del diario y las cartas de Beatrice Webb, se analizan los factores de la chocante «conversión» de esta destacada socialista fabiana al comunismo soviético, es decir, su evolución desde un abierto rechazo inicial hacia los bolcheviques y la revolución rusa, hasta un apoyo casi incondicional a la Unión Soviética como nueva forma de organización socioeconómica. En este sentido, se presta especial atención al viaje de los Webb a la Rusia estalinista en 1932, y se contrastan las impresiones anotadas por Beatrice Webb con las que, previamente, recogieron otros viajeros que tuvieron amistad con ella y simpatizaron en algún momento con el fabianismo, como B. Russell, H. G. Wells o J. M. Keynes. También se examina la visión de la URSS ofrecida por los Webb en su best-seller, de 1935, Comunismo soviético, que fue elogiado por Keynes y denostado por Trotsky, entre otros; en particular, se analiza su valoración del sistema de planificación económica centralizada.

Palabras clave: Beatrice Webb, socialismo fabiano, comunismo soviético, planificación, Rusia.

Clasificación JEL: B14, B24, B31.

1. Introducción

La figura de Beatrice Webb (1858-1943), estrechamente unida a la de su marido Sidney pero conservando a la vez entidad propia, ha ido ganando relevancia con el tiempo. Desde la perspectiva histórica, esta destacada representante del socialismo fabiano, que consiguió des-

puntar cuando las mujeres difícilmente podían desarrollar una carrera intelectual, puede ser considerada hoy como una pionera de la sociología moderna. Junto a Sidney no sólo escribió obras fundamentales en el ámbito de la sociología del trabajo, como *La democracia industrial* (1898), sino que también contribuyó de forma importante a depurar y afianzar los métodos de investigación social aplicada¹. Pero además, su extensa e inclasificable obra

* Departamento de Historia e Instituciones Económicas I. Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales. Universidad Complutense de Madrid.

El autor agradece los comentarios de Tomás Martínez Vara.

¹ CASTILLO, J. (2001, páginas 183-185); CASTILLO, J. y CASTILLO, S. (2004).

conjunta —en la que sobresalen títulos como *Historia del sindicalismo* (1894), *El gobierno local inglés* (1906-29), *El movimiento cooperativo* (1914), o *Métodos de estudio social* (1932)— abarcó otros tantos campos de estudio, tales como la historia económica, el análisis de las instituciones políticas, el examen crítico de algunas teorías económicas, o la defensa del cooperativismo.

Por otra parte, como se ha señalado ya también en otro trabajo², la influencia práctica de Beatrice Webb y de su marido fue notable y duradera, y se dejó sentir en ámbitos muy diversos. Así, por ejemplo, elaboraron destacados informes parlamentarios —como el *Minority Report* (1909)— que marcarían algunas de las claves de lo que iba a ser el Estado del Bienestar en la Europa posterior a la Segunda Guerra Mundial. Asimismo, en 1895 crearon y tutelaron la *London School of Economics and Political Science*, que desempeñó un destacado papel en la profesionalización de la Economía y en su consolidación como disciplina autónoma, y en 1913 fundaron el influyente semanario *New Statesman*, que aún hoy sigue editándose. Finalmente, y quizá lo más importante, junto a otros socialistas fabianos guiaron intelectualmente la creación del Partido Laborista británico (1906) al margen de los postulados marxistas y revolucionarios, sentando así las bases del socialismo democrático y moderado de nuestros días.

Por ello resulta paradójico que al final de su vida, tras haber construido pacientemente una trayectoria intelectual brillante y coherente que les investía de respetabilidad social y que otorgaba a sus opiniones una considerable capacidad de influencia, los Webb optaran por una aproximación bastante a-crítica al comunismo soviético, la cual empezó a producirse ya antes de su «peregrinación» de ocho semanas a la URSS. Como muchos intelectuales europeos de la época, se dejaron deslumbrar por lo que prometía ser un nuevo orden económico que buscaba colmar las aspiraciones del ideal socialista de igualdad social, cerrando los ojos incluso ante sus fallas más evidentes.

En 1932 la anciana Beatrice viajó junto a Sidney a dicho país gracias a una invitación del propio Stalin. En aquel momento, en el que el capitalismo se tambaleaba tras el *crack* del 1929, en la Unión Soviética se estaba llevando a cabo un experimento económico sin precedentes y a gran escala que pretendía ser la alternativa a la organización económica basada en el libre mercado: la planificación económica centralizada. Además, la crisis política de 1931 que desbancó a los laboristas del poder, unida a los severos efectos de la depresión económica, parecía ahogar toda esperanza respecto a la posibilidad de cambios paulatinos relevantes «desde dentro» del propio capitalismo, tal como habían venido defendiendo los fabianos desde finales del Siglo XIX.

El país que visitaron los Webb era ya entonces la Rusia férreamente dominada por el feroz estalinismo, aunque los llamados años del terror aún estaban por llegar. Además, el régimen soviético se había construido a partir de una revolución violenta que chocaba frontalmente con los principios gradualistas del socialismo fabiano. A pesar de todo ello, Beatrice y Sidney escribieron a su regreso a Inglaterra un libro entusiasta en dos volúmenes, *Comunismo soviético: ¿una nueva civilización?* (1935), que, pese a su tamaño, se convertiría pronto en un *best-seller* con numerosas ediciones. En él exaltaban los logros soviéticos; en especial destacaban los avances en servicios sanitarios y en niveles educativos, así como la posición de igualdad política y económica de la mujer. Pero en el terreno puramente económico quedaron también impresionados por los rápidos avances del país y predijeron que el sistema de producción planificada para el consumo comunitario se extendería por todo el mundo a través de sucesivas reformas. En 1942, en plena Segunda Guerra Mundial y justo un año antes de la muerte de Beatrice, publicaron la que sería su última obra, el folleto *La verdad sobre la Unión Soviética*, en el que seguían defendiendo el modelo de la URSS pese a las múltiples atrocidades estalinistas³.

² RAMOS (2007).

³ RAMOS (2007, páginas 225-226).

En este trabajo, a través del diario y las cartas de Beatrice Webb —que constituyen documentos de primer orden para acercarse a la vida política e intelectual del Reino Unido entre finales del Siglo XIX y casi toda la primera mitad del XX— se analizan los factores de la extraña «conversión» de esta destacada socialista fabiana al comunismo soviético, es decir, su evolución desde un abierto rechazo inicial hacia los bolcheviques y la revolución rusa (a comienzos de la década de 1920), hasta un apoyo casi incondicional a la Unión Soviética como nueva forma de organización político-económica (desde principios de los años treinta). En este sentido, se presta especial atención al viaje de los Webb a la Rusia estalinista, y se contrastan las impresiones anotadas por Beatrice con las que previamente recogieron otros viajeros particularmente perspicaces, que fueron amigos suyos y simpatizaron en algún momento con el fabianismo: el filósofo y matemático Bertrand Russell, el afamado novelista H. G. Wells, y el gran economista J. M. Keynes. Asimismo se estudia la visión sobre la URSS ofrecida por Sidney y Beatrice en su extenso, divulgado y polémico libro de 1935 dedicado al comunismo soviético —que Keynes, entre otros, valoró de forma positiva, mientras Trotsky, que llegaría a conocer personalmente al matrimonio Webb, lo condenó con severidad—; en particular, se examina su discusión del sistema de planificación económica centralizada.

2. El viraje intelectual de Beatrice Webb: del ideal fabiano al comunismo soviético

Uno de los rasgos distintivos esenciales del ideario fabiano era el gradualismo, la creencia en que el capitalismo podía transformarse poco a poco «desde dentro», siendo la educación selectiva y la propaganda (conferencias, artículos, opúsculos, etcétera) los instrumentos básicos para influir en la opinión pública de cara a favo-

recer a medio plazo aquellas reformas sociales que llevarasen a una sociedad más justa⁴. Por consiguiente, desde esta fe en un reformismo pragmático, los fabianos rechazaban cambios institucionales drásticos y violentos. Por otra parte, no compartían la creencia marxista en la teoría del valor trabajo como explicación de la explotación capitalista⁵, ni tampoco la idea marxista de que el capitalismo había de colapsar necesariamente, pues consideraban que dicho sistema económico había conducido de hecho a un cambio técnico continuo y a un importante crecimiento económico a largo plazo⁶. Además, defendían firmemente el cooperativismo y la democracia —a la que consideraban compatible con el socialismo—, y hablaban de la socialización de «rentas económicas» (en sentido ricardiano) por medio de la tributación y la nacionalización de empresas (o mejor «municipalización», pues la nacionalización en sentido estricto se reservaba para un pequeño número de industrias y servicios)⁷.

influir inadvertidamente en políticos y representantes del movimiento sindical y cooperativo para que adoptaran prácticas de tipo socialista.

⁵ Parece que fue Philip H. Wicksteed —muy apreciado por Beatrice— quien desempeñó el papel más importante en el abandono claro y definitivo por parte de los fabianos del sistema de Marx: de hecho, él fue uno de los primeros economistas que atacó la teoría marxista del valor desde el punto de vista de la utilidad marginal. Véase HUTCHINSON (1967: página 108).

⁶ El capitalismo tradicional había despertado energías dormidas y las había canalizado con provecho a la producción de riqueza, pero a costa de generar degradación y sufrimiento humano. Sin embargo, cabía introducir claras mejoras avanzando, entre otros aspectos, en la dirección del cooperativismo, la democracia industrial vinculada al sindicalismo, la imposición progresiva, la regulación colectiva de la industria privada, la administración pública de un creciente número de servicios por parte de los municipios y del Estado, la racionalización económica propia de las grandes empresas (en las que desaparecía el elemento personal en favor de anónimos equipos de gestión industrial), o el aumento de medidas públicas dirigidas a enfermos, ancianos, parados y jóvenes (TAWNEY, 1957, páginas 241-2; WEBB, 1923). Es decir, el socialismo se acababa convirtiendo en la siguiente fase hacia la que, dados los cambios que habían ido teniendo lugar desde la primera revolución industrial, se iba caminando paulatina e inevitablemente.

⁷ Sobre el ideario fabiano véase RAMOS (2007). En los fabianos hay un resabio utilitarista; en cierto modo eran herederos del radicalismo británico: reivindicaban el papel del Estado como promotor de la felicidad pública. En lo teórico se mostraron eclécticos. «Combinaron una onza de teoría con una tonelada de práctica», sin duda muy

⁴ Uno de los aspectos más destacados de la actividad propagandística fabiana fue la llamada «permeación», el intento de

Desde tales presupuestos de partida, no es de extrañar que la actitud de Beatrice y Sidney ante la violenta revolución rusa y la férrea dictadura estatista bolchevique fuera de abierto rechazo, actitud que se mantuvo durante toda la década de los años veinte con distintos tonos.

Así, en una entrada en su diario de 20 de agosto de 1920, Beatrice afirmaba que el régimen soviético era «un enorme y desastroso fracaso si no una amenaza real». Poco antes, el 8 de agosto de 1920, en carta a H. G. Wells, y habiendo recibido en Inglaterra la visita de los líderes bolcheviques Leo Kámenev y Leonid Krasin, Beatrice comentaba con disgusto la idea de este último de caminar hacia una economía planificada «concebida por científicos y puesta en práctica sin consideración alguna hacia la libertad personal o la autonomía de grupo. El aspecto siniestro [de este planteamiento] es la casta militar basada en un credo y apoyada por los millones de campesinos incapaces de democracia» (Webb, 1978: página 141). Abundando en esta última

observación, Beatrice incluso profetizaba que el gobierno soviético probablemente se volvería más intolerante si algo le sucedía a Lenin⁸.

Por lo demás, la opinión de los Webb sobre los bolcheviques —a los que consideraban incapaces de un trabajo serio, metódico y gradual— era abiertamente negativa⁹, y la vía violenta y revolucionaria del gobierno soviético era para ellos «completamente inconsistente con la teoría y la práctica del socialismo británico». Así, tal como afirmaba Sidney en una carta de 1923, «los socialistas británicos creemos en la democracia política e industrial, [...] no en la revolución a través de la dictadura de una minoría [...]. [Además,] una vez que se empieza con la violencia es difícil dejar de ser violento» (Webb, 1978, página 176). No obstante, los Webb percibían la revolución rusa como una peligrosa influencia para el laborismo, que había venido siendo hasta entonces el mejor baluarte contra la polarización de la política británica entre reaccionarios y revolucionarios. De hecho, el efecto de la revolución rusa estaba siendo particularmente pernicioso en las zonas mineras, donde ésta se citaba como modelo a seguir¹⁰.

Asentado definitivamente el nuevo régimen político soviético, las opiniones de Beatrice siguieron siendo claramente condenatorias. En 1924, bajo el liderazgo de Stalin y reconocida ya la URSS por el Imperio Británico, Beatrice se refería al «dudoso paraíso soviético», afirmando que el socialismo de Estado no era más que una continuación de la autocracia zarista¹¹. Y en 1926 equi-

influenciados por la Escuela Histórica Británica (Ingram, Toynbee, Cliffe Leslie, etcétera). No intentaron moldear su propia teoría económica. Optaron más bien por adaptar algunos instrumentos de la economía ortodoxa, despreciando las formalizaciones más abstractas como «una completa pérdida de tiempo» (DURBIN, 1988, página 63). Según STIGLER (1979[1965]), en su crítica al sistema de libre mercado los fabianos se centraron en un aspecto menor y no característico del capitalismo como su mayor falla, a saber: la teoría de la renta de la tierra de Ricardo. La influencia básica en este sentido provino de Henry George y sus propuestas de un impuesto único sobre este ingreso «no ganado» (inmoral). Así, los fabianos intentaron generalizar —sin éxito— la teoría ricardiana de la renta diferencial a otros ámbitos, como el capital y la cualificación del trabajo. El objetivo último de los fabianos era la socialización de todas las rentas económicas por medio de la tributación o la nacionalización, de forma que pudieran ser usadas para fines públicos (seguros sociales, provisión de capital para inversión pública, etcétera). Por otra parte, con el crecimiento de las sociedades anónimas y la formación de *trust* la propiedad se convertía en algo cada vez más divorciado de la función empresarial, y el capitalismo en algo cada vez menos acorde con la democracia y el interés público. Ello proporcionaba una clara justificación adicional para la propiedad pública de la industria. Además, los fabianos no creían en el llamado mecanismo espontáneo de la «mano invisible», al que veían como fuente de anarquía: descoordinación y la mala de organización de los medios de producción (con duplicación de plantas y equipos y deficiente utilización de tierra y capital), multiplicación de intermediarios, y una enorme cantidad de dinero malgastada en publicidad. Por contra, la propiedad colectiva permitiría una producción ordenada y racional, pero

en tanto que aquélla avanzaba, los fabianos proponían impuestos progresivos con objeto de apropiarse de las rentas.

⁸ Véase la carta de 26 de junio de 1922, WEBB (1978, página 156). En mayo de 1922 Lenin había tenido su primer infarto.

⁹ Véase, por ejemplo, la carta de Beatrice de 27 de junio de 1921, WEBB (1978, página 153). Los Webb estuvieron muy pendientes de los acontecimientos en la Unión Soviética durante todos los años veinte: promovieron visitas de fabianos al país y la elaboración de libros o informes al respecto —véase, por ejemplo, WEBB (1978, páginas 156, 169, 226). Además, mantuvieron contactos directos con representantes bolcheviques desde comienzos de la década (páginas 140, 287).

¹⁰ Carta de 15 de julio de 1927, WEBB (1978, página 290). Véanse también las páginas 176 y 286.

¹¹ «Mi marido y yo siempre hemos estado contra el Sistema Soviético, y lo hemos considerado como una repetición de la autocracia rusa

paraba sin ambages el comunismo soviético y el fascismo italiano por lo que representaban de imposición de una homogeneidad de pensamiento como reflejo del correspondiente dogmatismo de Lenin y Mussolini¹². Pero estas opiniones no eran expresadas sólo en un ámbito íntimo o restringido, como el de los diarios o las cartas, sino que opiniones similares aparecían también recogidas en las obras de los Webb de ese período; así, por ejemplo, en *La decadencia de la civilización capitalista* (1923), éstos habían sostenido ya que no había gran diferencia entre bolcheviques y zaristas.

En la misma línea crítica hacia la URSS y el comunismo soviético podrían seguir aludiéndose otras tantas citas de Beatrice en los años veinte. Lo significativo, en cualquier caso, es que todas ellas muestran un rechazo radical sin matices. Por eso resulta tanto más sorprendente el cambio de actitud a partir de 1931¹³. En concreto, el punto de inflexión puede fijarse en el verano de dicho año. Así, el 20 de julio de 1931, cuando todavía Sidney era ministro para las colonias del segundo gobierno laborista de MacDonald y la grave depresión económica —frente a la que nadie parecía encontrar respuestas— estaba ya mostrando su peor cara, Beatrice escribe una carta a su marido expresando sus dudas sobre el futuro y la propia posibilidad de una transición pacífica desde el capitalismo a otro tipo de sistema económico:

basada en un credo [...]. Nunca hemos sido Socialistas de Estado, [...] siempre hemos abogado por la organización municipal y cooperativa como preferible a la nacionalización, salvo para una o dos industrias». Carta de 16 de junio de 1924, WEBB (1978, página 207).

¹² «El surgimiento de un nuevo tipo de credo autocrático —comunismo ruso y fascismo italiano— es resultado directo de la ausencia en la Rusia y la Italia de preguerra de algún credo satisfactorio compartido comúnmente por los intelectuales y las masas del pueblo, lo que tuvo como consecuencia la disolución de cualquier código de moralidad. Por consiguiente, Lenin y Mussolini llegan con su rígido dogmatismo [...] y lo imponen a su pueblo para lograr cierta homogeneidad de pensamiento y sentimiento y algún propósito definido para la vida nacional. Dudo si la masa de los hombres puede vivir sin una metafísica común y una escala común de valores». Carta de 11 de noviembre de 1926, WEBB (1978, página 272). Véase también, en el mismo sentido, la entrada del diario de 30 de junio de 1926 (WEBB, 1985, página 89).

¹³ Véase HARRISON (1987: páginas 35-37).

«Los próximos años serán un tiempo lleno de preocupación —vivimos sobre una corteza putrefacta y dudo si alguna vez regresaremos a la Paz y la Prosperidad de la clase rentista de los días de preguerra. Me pregunto si los líderes capitalistas serán capaces de idear una transición segura a otra forma de civilización— puede hacerse, pero dudo si se hará» (Webb, 1978: página 354).

Luego, la crisis del gobierno de MacDonald en agosto de 1931 supondría una gran desilusión para Beatrice, que tanto había luchado junto a Sidney por construir la alternativa política laborista como instrumento fundamental para poner en práctica los ideales fabianos. Ello le llevó a cuestionarse la posibilidad de transformar el entonces moribundo capitalismo a través de reformas graduales y también a manifestar su desengaño respecto al laborismo en varias entradas de su diario:

«Lo que ha deshecho los dos gobiernos laboristas¹⁴ no ha sido simplemente su falta de conocimientos y la falta de voluntad de aplicar el conocimiento que sí tenían, sino su aceptación, como individuos, de la forma de vida de los hombres de propiedades y rango [...] No puedes diseñar un estado igualitario si tú mismo disfrutas de la pompa y circunstancia de la ciudad de los ricos rodeado de la ciudad de los pobres [...] Los líderes del partido laborista han demostrado que no tienen ni la confianza, ni el código de conducta, ni el conocimiento para [crear] el estado igualitario»¹⁵.

¹⁴ Los dos primeros gobiernos laboristas, liderados por J. R. MacDonald, se desarrollaron entre enero y noviembre de 1924, y entre 1929 y 1931.

¹⁵ Diciembre de 1931, WEBB (1985, página 264). También hay críticas al partido laborista en los diarios —por ejemplo, en una entrada de 20 de octubre de 1936 (WEBB, 1985, página 378), crítica su absoluta desorientación—, y sobre todo una valoración muy negativa de la figura de J. R. MacDonald tras su muerte: 11 de noviembre de 1937, WEBB (1985, páginas 396-7).

En este clima de evidente fracaso del partido laborista, grave depresión económica y crisis aparente de las democracias liberales occidentales, Beatrice empezó a inclinarse cada vez con más claridad hacia la opción soviética, en una búsqueda de salidas a su frustración. Así, en una carta de 28 de septiembre de 1931 hablaba de la existencia de dos filosofías de vida rivales, vinculadas a las dos alternativas representadas a nivel continental por el capitalismo norteamericano y el comunismo ruso: entre ambos, mostraba su mayor simpatía hacia este último, aunque aún con bastantes dudas¹⁶; sin embargo, ya en una entrada de su diario de 5 de abril de 1932, poco antes de partir hacia la URSS, afirmaba rotundamente: «Todo lo que sé es que *deseo* que triunfe el comunismo ruso». Es decir, antes de realizar su viaje —al que se hará referencia en el siguiente apartado— Beatrice tenía ya unas preconcepciones muy definidas que necesariamente habrían de distorsionar su mirada hacia la realidad del país. En cualquier caso, es evidente es que su proceso de «conversión» al comunismo fue previo a su viaje a la URSS: este último significó simplemente la culminación de dicho proceso.

Por otra parte, tal como indican Norman y Jeanne MacKenzie, Beatrice tuvo siempre la necesidad de un credo por el que vivir, que satisficiera tanto sus necesidades emocionales como su convicción intelectual en la igualdad y la justicia, y en esa búsqueda fue evolucionando desde el individualismo de su juventud, pasando por la filantropía, hasta la apuesta por un creciente control público; desde la confianza inicial en la mera capaci-

dad de persuasión y en que instituciones voluntarias —como las cooperativas o los sindicatos— podían ser el medio para la mejora colectiva, al convencimiento posterior de que era necesaria alguna forma de regulación pública del comportamiento, llegando por último a convertirse en una colectivista en sentido pleno. Y es que, en cierto modo, al final de su vida Beatrice llegó a ver al partido comunista de Rusia como la encarnación del sacerdocio social planteado por Comte, y a la ideología comunista como la «religión de la humanidad» que combinaba una moralidad puritana con la aplicación de la ciencia a la política¹⁷. Así, aunque no estuvo completamente ciega ante lo que Lenin llamó los «desórdenes infantiles» del comunismo, se mostró dispuesta a disculparlos pensando que podrían superarse con la creación de nuevas instituciones y nuevos valores (Webb, 1985: xiv-xv).

A la vuelta de su viaje de 1932 a la Unión Soviética, los ancianos Webb se consagraron a elaborar su voluminoso y laudatorio libro *Comunismo soviético* (1935) —al que se hará alusión en el cuarto apartado—; fue su última obra de envergadura que Beatrice consideró el auténtico testamento intelectual de ambos¹⁸. Entretanto, las anotaciones en su diario y en su correspondencia no cejaban en su tono crecientemente entusiasta con respecto a la URSS, que algunos de sus amigos más distinguidos, como W. Beveridge o R. H. Tawney, veían con recelo¹⁹: así, en una entrada de 8 de junio de 1933, Bea-

¹⁶ WEBB (1978, página 366). Ya antes Beatrice había expresado esas dudas: en una entrada del diario de 12 de febrero de 1931, decía: «Bajo el comunismo soviético todo el mundo tiene que obedecer órdenes, y sin embargo con el crecimiento de la productividad debería ser posible dar a todos una completa libertad personal sobre la mayor parte de su tiempo y sus energías, así como plenas oportunidades de disfrutar de los más nobles placeres de la vida. El presente dilema —cuanto más se produce, más pobre llega a ser la comunidad en su conjunto— es un trágico absurdo [...] Sólo Rusia es optimista. Pero incluso el optimismo parece histérico, y basado en una fe fanática en la salvación venidera. El estado presente de cosas en Rusia es en el mejor de los casos un purgatorio —algunos dirían un infierno» (WEBB, 1985, página 239).

¹⁷ Como ilustración de todos estos aspectos es particularmente reveladora la entrada del diario de Beatrice correspondiente al 4 de enero de 1932, sobre todo en sus últimos párrafos: véase WEBB (1985, páginas 278-280). Además, en el entorno de confusión e incertidumbre creado por la depresión económica, y con las sombras del fascismo y la guerra acechando Europa, la URSS, y la forma de organización socioeconómica que ésta representaba, le parecían literalmente a Beatrice «la Meca». Por su parte, a Sidney, que siempre había estado más interesado por la *maquinaria* de gobierno, lo que más le atraía era la Constitución soviética y la sólida estructura gubernamental-administrativa, que consideraba como formas de ingeniería social más eficientes que las azarosas democracias occidentales.

¹⁸ Véase WEBB (1985, páginas 353 y 495).

¹⁹ Así lo reconocía la propia Beatrice: véase, por ejemplo, WEBB (1985, página 320). MUTTERIDGE y ADAM (1967, página 245),

trice calificaba ya al comunismo soviético de nueva civilización destinada a extenderse inevitablemente a otros países²⁰, «cruel y deplorablemente ineficiente en algunas de sus manifestaciones, pero un inmenso paso hacia delante en el desarrollo de un mejor ser humano, tanto en salud física como en lo referente a desarrollo intelectual, ética personal y relaciones sociales» (Webb, 1985, página 305).

La fe de Beatrice en la URSS se mantuvo inmovible incluso ante sucesos como la pavorosa hambruna de Ucrania de 1932-32¹, los grotescos procesos de Moscú iniciados en 1936 que dieron paso a la Gran Purga estalinista²², o el pacto Molotov-Ribbentrop (23.8.1939) —que precedería al reparto de Polonia— y el ataque de la URSS a Finlandia (30.11.1939). Es cierto que estos sucesos sembraron en ella dudas y despertaron su espíritu crítico, pero en última instancia les buscó justificación de un modo u otro, sobre todo aludiendo al carácter inacabado del proceso revolucionario, que, al estar aún en sus primeros pasos, daba lugar a *inevitables* disfunciones, en todo caso *transitorias*. Así, por ejemplo, el 25 de noviembre de 1936 Beatrice anotaba en su diario:

«queda como la gran mancha en la imagen [de la URSS] el terror, las sospechas, la supresión de la

libertad de opinión, las detenciones, los juicios, [y] las penas de muerte, características de una revolución inconclusa. [...] Esas confesiones sorprendentes, ¿cómo se obtienen? [...] Las malas maneras, la denigración de Trotsky y de los acusados en general, las floridas denuncias de criminales condenados en los periódicos y las emisoras de radio, [...] y la servil adulación a Stalin. La URSS es todavía medieval en su salvaje persecución de los herejes» (Webb, 1985, páginas 379-380).

En cuanto a la hambruna ucraniana, que estaba teniendo lugar justamente cuando los Webb realizaron su viaje a la URSS, éstos simplemente no dieron crédito a las informaciones sobre la tragedia que intentaron difundir los emigrados rusos²³, pese a que el mismo Malcolm Muggeridge —marido de una sobrina de Beatrice y corresponsal en la Unión Soviética del *Manchester Guardian*— la calificó como la cosa más terrible que había visto nunca²⁴.

En el caso concreto de los juicios de Moscú, que llevaron a que intelectuales inicialmente entusiastas —como Harold Laski o Edmund Wilson— cambiaran su visión sobre la URSS, Beatrice rechazaba abiertamente las formas y la enfermiza tendencia a la difamación de todo el que disentía de la línea doctrinal oficial, y señalaba asimismo como una terrible enfermedad social el continuo miedo a ser acusados equivocadamente que se había inoculado en los ciudadanos inocentes. Sin embargo, en último término buscaba justificaciones. En

consideran que la a-crítica admiración final de los Webb por la Unión Soviética era en cierto modo una muestra de senilidad, y citan una famosa afirmación de Beatrice en sus últimos años: «Los ancianos a menudo se enamoran de forma extraordinaria y ridícula —de sus chóferes, por ejemplo: nosotros creemos que es más digno haberse enamorado del comunismo soviético».

²⁰ Sobre la propagación del comunismo: WEBB (1985, página 321), 26 de diciembre de 1933.

²¹ Según los historiadores locales actuales, el número de muertos por inanición se situó entre 7 y 10 millones de personas. Hoy la república de Ucrania, junto a países como Estados Unidos, Argentina, Polonia, Australia o Italia, reconocen la hambruna ucraniana como un genocidio (Holodomor), deliberadamente provocado por Stalin ante las resistencias de los kulaks a su plan de colectivización forzosa.

²² Sobre las terribles purgas estalinistas existen muchos libros. Dos especialmente estremecedores son AMIS (2004), que además denuncia la tolerancia de los intelectuales occidentales ante el comunismo, y RAYFIELD (2003), con una enorme cantidad de documentación. También, sobre Stalin y la horrible historia del estalinismo, LAQUEUR (2003).

²³ Véase WEBB (1978, página 398), carta de 12 de septiembre de 1934 dirigida a Beatrice por Sidney desde Moscú.

²⁴ Beatrice rechazó las informaciones que le llegaban *directamente* de Muttidge y prefirió creer a Maisky, el entonces embajador soviético en Londres (WEBB, 1985, páginas 299-301 y página 315). En cualquier caso, concluía: «un experimento que falla es a menudo tan revelador como uno que tiene éxito [...] Seguimos confiando en el éxito final [del experimento soviético], aunque probablemente no vivamos para verlo» (WEBB, 1985, página 301). Muggeridge le había escrito en 1933 que la URSS estaba basada «en los elementos más malvados y crueles de la naturaleza humana», y le había rogado que repensara su apoyo público a la misma.

primer lugar, mostraba una clara disposición a creer que los acusados eran realmente conspiradores que querían acabar con el sistema (Webb, 1985, páginas 384-5 y 411)²⁵. En segundo lugar, indicaba que «las revoluciones eran siempre episodios repugnantes» y sangrientos (como ejemplificaban los propios procesos revolucionarios de Inglaterra en el Siglo XVII), pero de algún modo eran a veces necesarios para dar pasos hacia delante; además, los líderes de la URSS había crecido «en una atmósfera de violenta revolución, conspiraciones subterráneas y matanzas despiadadas», y no podían abandonar dicho modelo de comportamiento (Webb, 1985, páginas 375 y 377). Por último, en tercer lugar, Beatrice aludía a ejemplos similares de crueldad y violencia protagonizados por la civilizada Gran Bretaña en la India o Irlanda —entre otros lugares— que se habían intentado silenciar (Webb, 1985, página 375).

Por último, el pacto soviético con Hitler supuso para Beatrice una auténtica conmoción, pues representaba el derrumbe de «la buena fe y la integridad» que ella había atribuido hasta entonces a la actuación de la Unión Soviética en la escena internacional; además, era «un gran desastre para todo aquello que los Webb habían apoyado»²⁶. Sin embargo, cuando Alemania atacó a la URSS (22.6.1941) Beatrice sintió alivio, pues la Unión Soviética se convirtió enseguida en un aliado fundamental en la derrota de la bestia nazi, con el que necesariamente habría que contar para lograr una «paz duradera» (Webb, 1978, página 448)²⁷. Más fácil fue para

Beatrice asimilar el ataque soviético a Finlandia: en este caso simplemente criticaba las formas, pues entendía que dicho territorio había sido indebidamente sustraído a Rusia aprovechando su debilidad durante la revolución bolchevique; además, Gran Bretaña había hecho cosas peores en la construcción por la fuerza de su enorme imperio (Webb, 1985, páginas 444-5).

3. La «peregrinación» de Beatrice Webb a la URSS y el contraste con las apreciaciones de otros destacados viajeros cercanos al fabianismo

En noviembre de 1930, Grigory Skolnikov, embajador soviético en Londres de 1929 a 1932 y eficaz propagandista del primer plan quinquenal (que luego perecería en las purgas estalinistas), planteó a Beatrice la posibilidad de realizar una amplia visita a Rusia²⁸. El ofrecimiento era atractivo, pues a finales de los veinte y comienzos de los treinta el comunismo estaba en boga en muchos círculos intelectuales europeos, considerado como la gran esperanza frente a los males del capitalismo y la maltrecha situación económica de las democracias occidentales. Sin embargo, la presencia de Sidney en el ejecutivo de MacDonald era un claro impedimento para una ausencia prolongada de Inglaterra. Por ello, tras la caída del Gobierno laborista en el verano de 1931, el matrimonio se vio por fin libre de ataduras para emprender el viaje a Rusia, que —con una duración de dos meses— se iniciaría el 22 de mayo de 1932. Beatrice tenía setenta y cuatro años y Sidney setenta y tres.

Para entonces, como se ha visto en el anterior apartado, la «conversión» de Beatrice al comunismo se había completado ya plenamente. De hecho, antes de partir

²⁵ Beatrice pensaba de hecho que se estaba intentando evitar una contrarrevolución. En una carta a H. G. Wells de mayo de 1937, dice: «el gobierno soviético ha actuado con sabia moderación —con una población de 170 millones de habitantes el número de procesos y ejecuciones es comparativamente pequeño, jen comparación con los llevados a cabo por el gobierno británico en la guerra civil del estado libre de Irlanda hace quince años! Las revoluciones violentas son algo horrible, pero ¿podía haberse hecho algo para destruir el sistema zarista sin una revolución violenta?» (WEBB, 1978, página 420).

²⁶ Entradas del diario de 23 y 25 de agosto de 1939, WEBB (1985, páginas 438-9). Véase también la carta de 19 de septiembre de 1939 (WEBB, 1978, página 430).

²⁷ Con todo, el 9 de diciembre de 1941, recordando lo que había sido la invasión soviética de parte de Polonia —y a la vista del infierno que

describían los refugiados polacos en Gran Bretaña—, se preguntaba: «¿Cómo puedo combinar la admiración por la Constitución y las actividades del comunismo soviético con una franca aceptación de sus defectos, resumidos en la supresión de la libertad de pensamiento y opinión y en la obvia crueldad de muchos de sus métodos de implementación de su política de producción planificada para el consumo de la comunidad?» (WEBB, 1985, página 463).

²⁸ SEYMOUR-JONES (1993, páginas 308-9).

—y tras un año de intensas lecturas²⁹— los Webb elaboraron unas «conclusiones hipotéticas» o preliminares sobre la Unión Soviética que luego no se verían sustancialmente modificadas tras su visita efectiva al país (en realidad, una suerte de «peregrinación» a la tierra prometida)³⁰. Así, antes de su partida decidieron que la URSS estaba más o menos organizada de acuerdo a los principios que ellos mismos habían planteado en obras anteriores: existía una democracia política que operaba indirectamente a través de una jerarquía de Soviets; una democracia de profesionales expresada en una jerarquía análoga de sindicatos; y una democracia de consumidores, ejemplificada en una jerarquía de cooperativas; y estos tres sistemas estaban unidos por el «orden religioso» del partido comunista, que tenía «un credo, una disciplina y un código de conducta» que permeaba toda la sociedad soviética (Webb, 1985, página 272)³¹. De esta forma, en unas pocas líneas redactadas antes de su viaje a Rusia, los Webb estaban sintetizando ya lo que luego sería el extensísimo libro sobre el comunismo soviético que escribirían a su regreso.

El diario personal de Beatrice se interrumpe justo durante los dos meses que duró el viaje a la URSS³², pero

en él aparecen luego reflejadas algunas interesantes observaciones posteriores que cabe completar con las cartas escritas durante la visita.

El viaje en sí se desarrolló esencialmente según los cánones propios de las «peregrinaciones» de la época al santuario soviético, aunque sin duda en este caso la significación de los visitantes era muy especial. Completada una espartana travesía en el vapor ruso *Smolny*, Sidney y Beatrice llegaron a Leningrado en olor de multitudes, como unos personajes míticos, autores de la *Historia del Sindicalismo* que había traducido el mismísimo Lenin. Fueron tratados, según anotó Beatrice en su diario en mayo de 1932, como «un nuevo tipo de realeza», y disfrutaron de todo tipo de comodidades. Al margen de que ya estuvieran favorablemente predisuestos de antemano, las autoridades soviéticas les prepararon un recorrido a medida —con visitas a escuelas, factorías, granjas e instituciones oficiales— que excluía cualquier desviación de la imagen idealizada que querían ofrecer. Desde Leningrado se desplazaron en tren a Moscú, descendieron por el Volga hasta Stalingrado —con paradas en Kazan, Samara y Saratov— y luego siguieron hasta Rostov, donde Beatrice se vio afectada por una colitis crónica; ello le obligó a recuperarse en Kislovosk, un balneario del Cáucaso, mientras Sidney continuaba viaje por Ucrania, visitando —entre otras cosas— la gran presa de Dnieperstroy y las ciudades de Kharkov y Kiev.

Al desconocer totalmente el idioma y dada su avanzada edad, los Webb hubieron de contentarse con el *tour* preestablecido y el material informativo impreso que les proporcionaron las autoridades soviéticas. Es decir, estuvieron completamente a merced de sus guías-intérpretes oficiales³³. Aunque parece que fueron conscien-

²⁹ Las lecturas preparatorias a partir de las que elaboraron dichas conclusiones fueron traducciones de documentación proporcionada por el Gobierno soviético, material de propaganda y libros de viajes. También se sirvieron de las conversaciones con el embajador soviético en Londres (véase WEBB, 1978, página 375).

³⁰ WEBB (1985, página 280). Paradójicamente, antes de salir para Rusia los Webb acababan de terminar el libro *Métodos de estudio social* (1932), en el que abogaban por un método empírico de aproximación a los hechos, libre de preconcepciones y sesgos similares (SEYMOUR-JONES, 1993, página 311).

³¹ Esta organización del régimen soviético, una «teórica» democracia multi-formal —con respecto al hombre como ciudadano, productor y consumidor—, era lo que realmente atraía a los Webb, y no la obra de Marx. Como decía Beatrice en una carta de 21 de noviembre de 1940, los fabianos nunca leyeron a Marx, si lo hubieran hecho no le habrían entendido, y si le hubieran entendido no hubieran estado de acuerdo con él (WEBB, 1978, página 445).

³² El grueso de las notas originales de viaje que Beatrice recogió *in situ* y sobre las que basó luego sus observaciones mecanografiadas se ha perdido, tal como afirman Norman y Jeanne MacKenzie (véase WEBB, 1985, página 273). Parece que de las anotaciones originales sólo queda un cuaderno negro que Beatrice dejó en su mayor parte vacío y en el que Sidney realizó algunos apuntes rápidos. En

BEUMELBURG (1998, páginas 62-89), traducidas al alemán, se han recogido y publicado por primera vez las impresiones directas de Beatrice que se conservan.

³³ Los guías fueron Mrs. Tobinson, una mujer judía de origen polaco que había emigrado a América tras la revolución de 1905, retornando a Rusia después de 1917, y W. B. Rakov, un prisionero alemán de la Gran Guerra que se había convertido al comunismo, trabajando para el

tes de ello —como lo demuestran las observaciones de Beatrice en relación a la visita a una escuela elemental—, en última instancia acabaron aceptando con ingenua credulidad la versión cuidadosamente preparada de la realidad soviética que se les presentaba. Curiosamente, uno de los aspectos que más gustó a Beatrice, quien —pese a sus avanzadas ideas en otros campos— mantenía una actitud victoriana frente a la moral sexual, fue la condena de la promiscuidad y el «higiénico auto-control» que creyó observar durante un encuentro de nueve días en Moscú de la Organización Juvenil del Partido Comunista (Komsomol). Desde su puritanismo, Beatrice valoró además positivamente la insistencia en el ejercicio físico al aire libre y la vida sana al margen del tabaco, el alcohol y las apuestas³⁴.

Ya de vuelta al hogar, en Passfield Corner, Beatrice anotaba en su diario sus principales conclusiones del viaje, que en buena medida significaban simplemente la reafirmación de sus ideas previas³⁵: primero, que el gobierno soviético era el más firmemente establecido de todos y el que con menos probabilidad se vería alterado en las siguientes décadas; segundo, que la Rusia soviética representaba una nueva civilización destinada a extenderse por el mundo por su superioridad moral e intelectual, una nueva visión sobre la vida que conllevaba un nuevo patrón de comportamiento tanto en lo referente a la conducta personal como en lo concerniente a la relación del individuo con la comunidad; y tercero, que el comunismo soviético todavía era inmaduro y la teoría era aún muy superior a la práctica; la materia prima —una increíble amalgama de razas, religiones y estadios de desarrollo repartidos sobre un territorio inmenso— era todavía muy tosca, y debido a ese atraso inicial, algunos rasgos de la Rusia soviética podían resul-

tar repulsivos para los pueblos más desarrollados; en suma, los principios subyacentes al estado soviético eran correctos, y sus deficiencias se debían más bien al atraso del país³⁶.

Con todo, también había un hueco para la crítica: «Hay desde luego en nuestra visión de Rusia un lado oscuro, que personalmente hemos tenido poca oportunidad de observar». Éste estaba relacionado con la «atmósfera de sospecha y miedo» alimentada por las desapariciones de personalidades no deseadas y las murmuraciones y delaciones³⁷. Es cierto que este reconocimiento de un «lado oscuro» despertó luego incertidumbres en Beatrice siempre que dejó que su intelecto se impusiera a lo que esencialmente era un compromiso emocional; sin embargo, ello no le llevó a cambiar su valoración global manifiestamente positiva de la URSS, sobre todo en la esfera pública.

Como han estudiado Hollander (1981) y Cauter (1988), el viaje de los Webb forma parte del intenso «peregrinaje político» a la Rusia estalinista en busca de un ideal colectivo e igualitario (Edmund Wilson, Pablo Neruda, César Vallejo, Julian Huxley, Theodore Dreiser, G. B. Shaw, etcétera), que luego tendría su continuación en las visitas de intelectuales europeos a la China de Mao y a la Cuba de Castro, aunque ya en un contexto bien distinto³⁸. Sin embargo, también hubo intelectuales

³⁶ En una entrada del diario de 24 de noviembre de 1932, en la que alababa la ponderada visión del nuevo embajador soviético en Londres, Ivan Maisky, Beatrice insiste en que el comunismo soviético está «haciéndose», y que la metafísica fanática y la represión de entonces eran temporales, resultado de los horrores del pasado y del bajo nivel cultural del que partió la revolución (WEBB, 1985, página 292).

³⁷ WEBB (1985, página 276).

³⁸ A su vez, para HOLLANDER (1981), el «peregrinaje» a la URSS en los años treinta se inscribe dentro de una tradición más amplia de descontento intelectual existente en el mundo occidental, a la que subyacería un elemento utópico y la propensión a exaltar lugares lejanos, intensificándose particularmente en tiempos de crisis económica, política o cultural (en este caso, la Gran Depresión). La motivación última no sería económica, sino moral: la búsqueda de un significado, propósito o sentido de comunidad del que muchos intelectuales se sentían crecientemente necesitados en las sociedades individualistas y secularizadas de Occidente. Es peculiar que, centrando la atención *sólo* en las mujeres que visitaron la URSS entre 1929 y 1942 —intelectuales inglesas y francesas—, la nómina resultante es

Komintern antes de pasar a formar parte de la Oficina Soviética de Asuntos Exteriores. Mientras la primera llegó a establecer una estrecha relación con Beatrice, el segundo no gustó a ninguno de los Webb.

³⁴ WEBB (1985, página 275); SEYMOUR-JONES (1993, página 313).

³⁵ Diario de Beatrice Webb, entrada de 28 de julio de 1932, WEBB (1985, página 275).

afines a las ideas socialistas que, lejos de «peregrinar» dispuestos a ver sólo aquello que querían ver, visitaron la Unión Soviética con un mayor espíritu crítico o al menos con mayor apertura de miras³⁹. Algunos de ellos —B. Russell, H. G. Wells y J. M. Keynes— pertenecían al círculo de Beatrice y simpatizaron vivamente con el fabianismo en algún momento (Russell y Wells llegaron incluso a formar parte de la Sociedad Fabiana).

El primero de ellos fue el filósofo y matemático Bertrand Russell, que, sobre todo en las décadas de 1890 y 1900, frecuentó al matrimonio Webb de forma habitual⁴⁰. Russell, quien había albergado claras esperanzas en relación al experimento comunista, visitó Rusia en 1920 y llegó a entrevistarse personalmente con Lenin. A su vuelta a Inglaterra escribió *La práctica y la teoría del bolchevismo* (1920), en el que se mostraba muy decepcionado. Russell, que en los años veinte se defi-

nió a sí mismo cercano a un socialismo cooperativo y descentralizado⁴¹, criticó sobre todo el dogmatismo fanático y la consiguiente falta de libertad de pensamiento que frenaba toda posibilidad de progreso humano (Russell, 1920, páginas 8; 114; 176). Respecto a Lenin, con quien se entrevistó en inglés durante una hora el 19 de mayo, Russell (1920, páginas 36-7) le presenta como un hombre afable y cercano, pero también dogmático y dictatorial, un «aristócrata del intelecto» que despreciaba al pueblo⁴². Por otra parte, Russell describe, en plena etapa de «comunismo de guerra», una nación arruinada y hambrienta —la escasez de alimentos, la gran dureza de la vida diaria en Moscú (capítulo 7) y el colapso industrial (capítulo 6)—, y se refiere asimismo al centralismo burocrático imperante y a una atmósfera de brutalidad y terror sumiso similar a la que se vivía bajo el régimen zarista (Russell, 1920, páginas 170-171)⁴³.

Es probable que estas impresiones influyeran en la negativa imagen que Beatrice mantuvo sobre la Unión Soviética durante los años veinte. En cualquier caso, a diferencia de Beatrice, Russell continuó siendo muy crítico posteriormente: veía a Stalin como un monstruo «que había heredado la ambición de Hitler de una dicta-

amplia: véase el artículo de KERSHAW (2006). También el otro totalitarismo, el fascismo, llegó a ejercer una atracción importante sobre el mundo intelectual (W. B. Yeats, Ezra Pound, T. S. Eliot, Oswald Spengler, Ernst Jünger, Martin Heidegger, Louis Céline, Jean Cocteau, Benedetto Croce, Luigi Pirandello, etcétera) (HOLLANDER, 1981, página 59n).

³⁹ Para el caso español véase el excelente trabajo de EGIDO (1988), en el que se recogen las diversas visiones que ofrecieron los numerosos españoles que viajaron a la Unión Soviética desde los años veinte, y que habitualmente tuvieron un tono superficial y anecdótico y oscilaron entre el extremismo laudatorio (paraíso) y el condenatorio (infierno), dependiendo de la posición ideológica del autor. Sin embargo, hubo también algunos intentos de llevar a cabo análisis profundos y ponderados desde un espíritu abierto, como el del político socialista Fernando de los Ríos —sobrino del fundador de la Institución Libre de Enseñanza—, que viajó a Rusia en 1920, o el del notario Diego Hidalgo, vinculado al partido radical de Lerroux, que lo hizo en 1928.

⁴⁰ De hecho, Beatrice fue buena amiga de su primera mujer, Alys Whitall, con la que Russell se había casado en 1894 y de la que se divorció en 1920, aunque ya desde 1911 sus relaciones estaban prácticamente rotas (JOHNSON, 2008, páginas 364-367). Tras el matrimonio de Russell en 1921 con la feminista Dora Black, a la que Beatrice desaprobaba, ésta definió a Russell en su diario como un «personaje algo desaliñado, enfermizo y cínico, prematuramente viejo». Beatrice, como Virginia Woolf, fue reflejando en su diario el cambio de personalidad de Russell, y veía dicho cambio con tristeza. Había admirado al Russell de la década de 1890 intensamente «concentrado en el pensamiento abstracto» lógico-matemático y con «un toque de puritanismo», pero renegaba del Russell crecientemente dedicado a actividades periodísticas y de orador público, al que consideraba un mero *littérateur* poco serio, cuyas opiniones económicas y políticas respondían sólo a su carácter temperamental.

⁴¹ Por otra parte, en 1922 y 1923 llegó a figurar formalmente como candidato del partido laborista por la circunscripción de Chelsea.

⁴² Trotsky impresionó más a RUSSELL (1920, páginas 42-43) «desde el punto de vista del intelecto y de la personalidad», aunque no pudo llegar a tener una amplia conversación con él. Stalin no aparece citado en el libro.

⁴³ En cierto modo la visión de Russell es similar a la de F. DE LOS RÍOS (1970[1921]), que también viajó a la Unión Soviética en 1920 como delegado del PSOE, entre el 17 de octubre y el 13 de diciembre. De los Ríos, en un texto mucho más elaborado y documentado que el de Russell —en el que hace un profundo análisis de la economía, la política y la cultura bajo el régimen bolchevique—, también transmite la imagen de desolación, hambre y mercado negro que caracterizó la etapa del «comunismo de guerra». Pero lo que realmente le lleva a rechazar el sistema soviético —como a Russell— es su falta absoluta de libertad, su carácter antidemocrático y totalitario. Precisamente, en la entrevista que mantiene con Lenin (RÍOS, 1970 [1921], páginas 96-100), lo que más le chocó fue su menosprecio por la idea de libertad, en tanto que al final de su encuentro con Bujarin (páginas 103-104) observó en él una clara preferencia por las ideas abstractas sobre las personas. Como consecuencia, a su vuelta de Rusia recomendó que el partido socialista español no se adhiera a la III Internacional.

dura mundial», y cuando el bloque soviético se expansionó hacia Europa del Este en 1944-5 lo consideró una catástrofe para la civilización occidental («Odio el régimen soviético más allá de lo razonable», llegó a decir). De hecho, hasta finales de los cuarenta Russell apoyó la guerra preventiva para frenar al comunismo ruso y defendió la necesidad de un gobierno mundial, aunque a partir de 1953 daría un giro drástico hacia un pacifismo radical cada vez más teñido de antiamericanismo (Johnson, 2008, páginas 350-353).

H. G. Wells, novelista famoso desde que en 1895 publicase *La máquina del tiempo*, fue un nombre habitual en los diarios y las cartas de Beatrice Webb. Socialista antimarxista, fue miembro de la Sociedad Fabiana entre 1903 y 1908, año en el que la abandonó al defender que ésta debía convertirse en un activo grupo de presión de agitación de masas en pos de cambios concretos, en vez de un pequeño conjunto de intelectuales que discutían sobre posibles reformas. Luego continuó teniendo una estrecha relación con Beatrice hasta los años treinta, pese a que caricaturizó a los Webb como Oscar y Altiora Bailey en *Los Nuevos Maquiavelos* (1911), presentándolos como un matrimonio de burgueses imprudentes y manipuladores⁴⁴.

Realizó tres viajes a Rusia. El primero en 1914, en vísperas de la Gran Guerra, en el que visitó durante quince días San Petersburgo y Moscú y denunció el carácter opresivo y corrupto del régimen zarista. El segundo, de idéntica duración y destinos e invitado por Kámenev, lo llevó a cabo entre finales de septiembre y principios de octubre de 1920. Gracias a la mediación de su amigo Maxim Gorki pudo entrevistarse con Lenin y otros líderes bolcheviques como Zinoviev. Luego recogió sus impresiones en una serie de artículos de prensa que serían recopilados en *Rusia en las sombras* (1920), donde

describía un país absolutamente en ruina, devastado por los desórdenes revolucionarios, la guerra civil, el bloqueo y la intervención extranjera⁴⁵. Dejaba traslucir en todo caso un notorio desprecio por Marx, *El Capital* —«monumento a la pedantería pretenciosa» en su «inane abundancia»⁴⁶— y la cruda filosofía marxista —«que divide a todos los hombres entre burgueses y proletarios y ve toda la vida social como una estúpida «lucha de clases»⁴⁷—. Además, consideraba que Marx, al que muy pocos habían leído, era en realidad sólo un mero símbolo para los bolcheviques⁴⁸. Precisamente, respecto al Gobierno bolchevique, lo calificaba de incompetente, temerario, inexperto e ignorante en muchos aspectos, pero honesto en su conjunto (Wells, 1920, páginas 12, 75; 148); pese a todo, creía que era el único capaz de evitar el colapso completo de Rusia, que sería fatal para el resto del mundo⁴⁹. Aunque entre los bolcheviques había fanáticos doctrinarios que se dejaron notar especialmente en los momentos de crueldad y violencia extrema durante el Terror Rojo, había también algunas mentes más liberales y creativas (como Lenin, Trotsky, Ríkov o Krassin) capaces de reconstruir el país sobre nuevas bases si recibían apoyo externo (Wells, 1920, páginas 147-148). En el caso concreto de Lenin, con el que charló en «un excelente inglés», Wells se vio fascinado por su figura: no encontró al «marxista doctrinario»

⁴⁵ Como botón de muestra véase la desoladora descripción de San Petersburgo —fotos incluidas—: WELLS (1920, páginas 12-28). La situación de ruina afectaba también a las artes y las ciencias en Rusia (Wells tuvo oportunidad de conocer a grandes figuras como el Nobel de medicina Pavlov, el geólogo Karpinsky o el compositor Glazunov). Sólo la vida teatral y operística parecía haberse mantenido a duras penas (WELLS, 1920, páginas 35-41).

⁴⁶ WELLS (1920, páginas 67-69).

⁴⁷ WELLS (1920, página 46).

⁴⁸ WELLS (1920, página 70).

⁴⁹ En 1927 volvió a insistir en similares argumentos (PARTINGTON, 2008, página 560). Curiosamente, la imagen que tenía Wells de los bolcheviques en 1918 era excelente —bien educados, competentes, capaces de hablar varias lenguas y al tanto de los movimientos políticos de Europa—, pero ésta cambió radicalmente en su visita de 1920 (KRIVOKAPICH, 1994, página 63). Wells también dudaba de las instituciones que éstos había creado; así, por ejemplo, tras asistir a una reunión del Soviet de San Petersburgo, lo consideró «incapaz de cualquier trabajo legislativo real» (WELLS, 1920, página 119).

⁴⁴ Beatrice se refiere a dicha caricatura —que empezó a publicarse por entregas en la *English Review*— en una entrada de su diario de 5 de noviembre de 1910. Pese a afirmar que se trata de retratos inteligentes y maliciosos que ella y Sidney habían leído con interés y goce, no falta un tono abiertamente crítico hacia Wells.

que esperaba, sino a un hombre sincero y de agradable trato que hablaba «sin reservas ni ningún tipo de pose o pretenciosidad», consciente de la inmensidad y la complejidad del reto comunista (Wells, 1920, páginas 129-130 y 138)⁵⁰.

En 1934, poco después de haberse entrevistado con Roosevelt en Estados Unidos, Wells realizó su tercer viaje a Rusia y el 23 de julio tuvo lugar su famosa conversación con Stalin, de casi tres horas de duración, que se publicó en *New Statesman* el 27 de octubre (Wells, 1934). En números posteriores de la misma revista otros autores —entre ellos G. B. Shaw y J. M. Keynes⁵¹— discutieron algunos de los asuntos tratados en la charla, en la que los intentos de Wells por hablar seriamente sobre el futuro del socialismo y plantear una estrecha colaboración con el New Deal de Roosevelt (que —según Wells— caminaba también en la línea socialista de crear un gran Estado moderno científicamente organizado), chocaron una y otra vez con una plétora de clichés marxistas sobre la inevitable caída del capitalismo y la lucha de clases⁵². Sin embargo, paradójicamente, la impresión de Wells sobre Stalin —que meses después eliminaría a Kirov y promulgaría los decretos de emergencia que le otorgaban a él y a la KGB un poder absoluto— fue que nunca había encontrado a un hombre «tan justo, franco y honesto»⁵³, aunque ya antes se había mostrado muy crítico con la hostilidad del régimen soviético hacia la libertad personal⁵⁴. Por otra

parte, si bien Wells mostró su entusiasmo frente a la planificación quinquenal, su desilusión y su tono crítico fueron creciendo desde 1934 hasta el final de su vida; hacia 1935 hablaba de que Rusia era un «país dogmático», y en 1940 creía que había pasado a practicar el más burdo imperialismo, muy lejos de su idea de un gobierno mundial⁵⁵. Además, fue uno de los primeros de los llamados intelectuales «progresistas» que denunció el culto a la personalidad de Stalin y los juicios de Moscú como ejemplo de los métodos estalinistas de eliminación de los viejos bolcheviques⁵⁶.

Keynes mantuvo una estrecha relación con los fabianos desde principios del Siglo XX que se prolongaría al menos hasta finales de la década de los veinte⁵⁷; con Beatrice, en particular, fue hacia mediados de esa década cuando tuvo un contacto más directo⁵⁸. Keynes visitó la Unión Soviética en 1925 —aún en la etapa de la Nueva Política Económica (NEP)— junto a su esposa, la bailarina rusa Lidia Lopokova, que actuó como interprete de lujo⁵⁹. Para Keynes, el comunismo leninista

⁵⁵ PARTINGTON (2008, páginas 560-563).

⁵⁶ Además en 1939 publicó *The Holy Terror*, una novela que pretendía ser una acusación ficticia hacia los regímenes de Hitler y Stalin (KRIVOKAPICH, 1994, página 99). Wells volvió a sentir una renovada atracción por Rusia cuando la URSS apoyó a la República española y cuando luego fue invadida por los alemanes.

⁵⁷ Siendo aún alumno en Cambridge, tuvo relación con destacados socialistas fabianos como Bertrand Russell, Leonard Woolf y Ruppert Brooke, y ya a la edad de 20 años, en 1903, Keynes llegó a ser miembro de un grupo fabiano liderado por el profesor G. L. Dickinson (DOBBS, 1969, página 51). Para un detallado análisis de la relación de Keynes con el fabianismo véase todo el capítulo 4 de DOBBS (1969).

⁵⁸ Según indica SKIDELSKY (1999), en esa época los matrimonios Keynes, Wells, Shaw y Webb se empezaron a reunir en Londres y en sus respectivas casas de campo. En 1926 Beatrice escribió una carta a Keynes alabando su artículo «Liberalismo y Trabajo», y en las vacaciones de Pascua de ese mismo año Keynes se llevó a Andalucía como lectura la autobiografía de Beatrice *Mi Aprendizaje*. Ambos compartían una misma creencia en la ciencia social y en el servicio público y estaban impresionados por el declive de la civilización capitalista. Sin embargo, hacia 1928 se empezaría a producir un claro distanciamiento entre sus respectivas posiciones intelectuales. Así, Beatrice escribió: «Keynes no trata los problemas económicos seriamente; juega al ajedrez con ellos en sus horas de ocio. La estética es su único culto serio» (SKIDELSKY, 1998, página 16).

⁵⁹ Las impresiones del viaje de Keynes fueron recogidas en un panfleto titulado *Breve panorama de Rusia* en diciembre de 1925, pero previamente habían aparecido como artículos en la publicación

⁵⁰ Antes de la visita, Wells había escrito una carta en la que calificaba a Lenin de «pequeña bestia», y quizá en tono de broma, le consideraba «un Sydney Webb ruso, un pequeño intrigante incesante, egotista y malo» (citado en HARRISON, 1987, página 68).

⁵¹ *Stalin-Wells Talk: the Verbatim Record and a Discussion*, por G. B. SHAW, H. G. WELLS, J. M. KEYNES, E. TOLLER *et al.*, Londres: The New Statesman and Nation, 1934.

⁵² Véase WELLS (1934). Para Keynes, «la imagen de aquella entrevista es la de un hombre que lucha con un gramófono. La reproducción es excelente, el registro de palabras es perfecto. Y ahí está el pobre Wells sintiendo que tiene su oportunidad de quitar la aguja del disco y oír hablar —esperanza vana— en tonos humanos» (*New Statesman* 10.11.1934, citado en KRIVOKAPICH, 1994, página 99).

⁵³ WELLS (1984, II, página 806).

⁵⁴ Véase el diario de B. WEBB (1985, página 285), entrada de 4 de mayo de 1932.

—pese a declararse materialista, realista y contrario a todo tipo de idealismo o misticismo— era esencialmente, y antes que una forma de organización económica, una auténtica religión. Una religión en la que una «minoría propagandista de fanáticos» se dedicaba a «perseguir sin justicia ni piedad» a quienes se resistían activamente: «como otras nuevas religiones, parece quitar el color, la alegría y la libertad a la vida cotidiana y ofrecer un triste sustituto en los rostros inexpresivos de carga de sus devotos»⁶⁰. Tal credo religioso, que teóricamente exaltaba al hombre común, había impuesto un cambio de actitud hacia el dinero, de forma que «hacer dinero y acumularlo no [podía ya] entrar en los cálculos vitales de un hombre racional que [aceptaba] la norma soviética», lo cual, pese a parecer destructivo del verdadero bienestar, constituía una «verdadera innovación», pues se pretendía que el dinero dejara de ser medida del éxito social y principal motivo del esfuerzo individual (Keynes, 1988[1925], páginas 265 y 272)⁶¹.

En cuanto que técnica económica, el comunismo —según Keynes— aún no estaba definido: el sistema económico había sufrido muchos cambios en poco tiempo, era meramente experimental, basado en la prueba y el error. De momento, parecía haber una tolerancia limitada hacia la vieja intelectualidad, los comerciantes privados y los capitalistas extranjeros, y se confiaba en que a lo largo del tiempo pudiera prescindirse de dichos elementos capitalistas con la mejora gradual de la técnica del comercio estatal, el crecimiento del capital estatal, y el control de la maquinaria educativa. Por otra parte, se había actuado

sobre los precios y los salarios relativos en contra del campesinado y a favor del proletariado urbano-industrial, lo que generaba graves ineficiencias, desincentivando la producción agraria y fomentando la emigración a las ciudades. En cualquier caso, y pese a su bajo nivel de eficiencia económica, el sistema funcionaba y poseía elementos de permanencia, es decir, «el estado soviético no [era] tan ineficiente como para no poder sobrevivir» (Keynes, 1988[1925], página 269).

Para Keynes, si el comunismo lograba cierto éxito en la atracción de masas, sería como religión y no como técnica económica mejorada, pues como tal no contenía ningún elemento útil que no pudiese aplicarse, si así se eligiera, «con igual o mayor éxito en una sociedad que conservase todos los signos [...] de los ideales burgueses británicos» (Keynes, 1988[1925], página 270). Sin embargo, en el terreno religioso, el comunismo sí tenía futuro, pues el irreligioso capitalismo moderno era a menudo «un puro montón de propietarios y arribistas», y carecía de unidad interna y espíritu público, por lo que para sobrevivir tendría que «tener un éxito no sólo moderado, sino inmenso»: tendría que ser no sólo económicamente más eficiente, sino *mucho más* eficiente que el comunismo religioso (Keynes, 1988[1925], página 271).

Sea como fuere, Keynes mostraba su más absoluto desprecio por el credo comunista,

«que no repara en cuanto destruye la libertad y la seguridad de la vida cotidiana, que utiliza deliberadamente las armas de la persecución, la destrucción y la lucha internacional [...] ¿Cómo puedo aceptar una doctrina que erige como su biblia, por encima y más allá de la crítica, un libro económico obsoleto, que sé que no sólo es científicamente erróneo, sino sin interés o aplicación para el mundo moderno?» (Keynes (1988[1925], página 262).

Sin embargo, pese esta actitud desaprobatoria y a la pobreza, estupidez y opresión que —a juicio de Keynes— imperaban entonces en Rusia, éste terminaba su

periódica *Nation and Athenaeum*. Luego fueron incorporados a los *Ensayos de persuasión*.

⁶⁰ KEYNES (1988[1925], páginas 260-261).

⁶¹ Este pretendido cambio de actitud hacia el dinero no era para Keynes algo necesariamente negativo. De hecho, la búsqueda afanosa del dinero, propia de los empresarios, le resultaba repulsiva: «el problema moral de nuestra época tiene que ver con el amor al dinero, con la apelación habitual al motivo monetario en el 90 por 100 de las actividades de la vida, con el afán universal por conseguir la seguridad económica individual como principal motivo del esfuerzo, con la aprobación social del dinero como medida de éxito» (KEYNES, 1988[1925], páginas 271-272).

ensayo otorgando el beneficio de la duda: «existe la posibilidad de que pueda salir algo de todo esto [...] La posibilidad de hacer cosas [...] De la crueldad y la estupidez de la vieja Rusia [zarista] no podía surgir nada, pero [...] bajo la crueldad y la estupidez de la nueva Rusia puede estar oculta alguna porción del ideal» (Keynes, 1988[1925], páginas 273-274). De hecho, la actitud de Keynes hacia el experimento soviético pareció hacerse más favorable una década más tarde, hacia mediados de los años treinta —en plena etapa de planificación centralizada—, tal como se muestra en el siguiente apartado.

4. La valoración de los Webb del sistema soviético y de la planificación centralizada

Cuando los Webb publicaron en 1935 *Comunismo soviético: ¿una nueva civilización?*, en dos volúmenes de abultado tamaño, no imaginaban que fuera a convertirse en su único *best-seller*⁶². El libro —que se nutrió de documentación proporcionada por el gobierno soviético— intentaba mostrar que en Rusia, efectivamente, se había erigido una nueva civilización destinada a extenderse por el mundo (los signos de interrogación desaparecieron del título de la obra a partir de la segunda edición). Partiendo de la estructura política *formal* del régimen que planteaba la Constitución soviética, los Webb negaban que Stalin fuera un dictador⁶³ y defendían la existencia de una democracia multifuncional apoyada en el sistema de soviets, los sindicatos y las cooperativas de consumo, bajo el liderazgo del partido comunista y su estricto código de conducta⁶⁴. Asimismo, afirmaban el logro de la absoluta

igualdad de sexo, clase y raza, exaltaban los espectaculares avances en los terrenos de la salud y la educación, y destacaban el importante papel desempeñado por la ciencia en la sociedad soviética, así como la superación del ánimo de lucro como incentivo fundamental de la acción humana (siendo sustituido por mecanismos de mérito o deshonor público, por la práctica de la autocrítica comunista, y por la creación de un espíritu de servicio y solidaridad entre la población)⁶⁵.

Por otra parte, en un apéndice añadido a la segunda edición de 1937 y en una nueva introducción escrita por Beatrice en febrero de 1942, los Webb disculpaban —como un mal pasajero e inevitable— las «enfermedades infantiles» del comunismo soviético, tales como el culto a la personalidad del líder o la prohibición de cualquier tipo de disidencia de la ortodoxia⁶⁶. Además, justificaban los procesos de Moscú con argumentos similares a los que aparecían en las cartas y los diarios de Beatrice, y que ya fueron aludidos en el segundo apartado⁶⁷.

Al tratar extensamente el tema de la planificación centralizada y sus resultados, los Webb —que no eran economistas profesionales— rechazaban algunas de las críticas que se habían hecho a la total supresión del mecanismo de libre mercado, como la inexistencia de incentivos a la innovación o la incapacidad para lograr la máxima satisfacción de los consumidores (Webb, 1947[1935]: 549-551). Sin embargo, curiosamente, no reflejaban el importante debate sobre el cálculo económico de los años veinte y treinta, en el que los economistas austriacos Mises y Hayek habían sostenido la imposibilidad de sustituir la asignación de mercado por la planificación centralizada a gran escala, basándose en el papel desempeñado por el sistema de precios como instrumento rápido y barato de transmisión de una ingente y siempre cambiante cantidad de información, la cual además era a menudo de carácter tácito e inarticu-

⁶² Se vendieron 20.000 ejemplares en pasta dura sólo en Inglaterra en la primera edición de noviembre de 1935. La segunda edición se lanzó en octubre de 1937, y en octubre 1941, cuando Hitler ya había invadido la URSS, se hizo una reimpresión a precio reducido. En 1944 salió la tercera edición en un sólo volumen, que a su vez conoció nuevas reimpresiones. Por otra parte, propio el régimen soviético se encargó de traducir el texto y promocionarlo.

⁶³ Véase WEBB (1947[1935], páginas 333-340).

⁶⁴ WEBB (1947[1935]), Capítulos 1 a 5.

⁶⁵ Véanse los Capítulos 7 y 9-11 de WEBB (1947[1935]).

⁶⁶ Por ejemplo, WEBB (1947[1935]: xlv-xlvii).

⁶⁷ Véase WEBB (1947[1935]: xliii-xliv; 923-931).

lable⁶⁸. En opinión de los Webb, que subrayaban los buenos resultados del primer Plan, la planificación para el consumo de la comunidad evitaba la anarquía derivada de la búsqueda individual de beneficio, el desempleo involuntario masivo, y los constantes fluctuaciones —auges y depresiones— del capitalismo⁶⁹. Además, la planificación otorgaba en realidad una mayor libertad de elegir a los consumidores, que dejaban de estar limitados por su poder de compra y —como ciudadanos— pasaban a controlar la producción⁷⁰.

El libro de los Webb fue tajantemente elogiado o denostado, casi sin término medio. Entre los que lo elogiaron estuvo el propio Keynes (1982[1936], páginas 333-334), para quien se trataba de un texto «que todo ciudadano serio debería examinar» y que contenía «una masa de información extraordinariamente importante e interesante sobre la evolución del mundo contemporáneo». De forma implícita, Keynes parecía dar también su aprobación a los resultados de la planificación económica centralizada, que aún no se había puesto en práctica en su visita a Rusia de 1925. Su tono admirativo resulta paradójico si se tienen en cuenta sus comentarios de los años veinte sobre la Unión Soviética y lo manifestado en el capítulo 24 de la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, que también se publicó en el año 1936⁷¹:

«Hasta hace bien poco los acontecimientos se estaban sucediendo en Rusia a tal velocidad, y la brecha entre la teoría y los logros efectivos era tan amplia, que no era posible hacer una valoración. Ahora sin embargo, el nuevo régimen ya está sufi-

cientemente cristalizado para ser examinado. El resultado es impresionante. Los innovadores rusos han superado ya no sólo la etapa revolucionaria, sino también el período doctrinario. Ya queda poco o prácticamente nada que mantenga una especial relación con Marx o el Marxismo y que lo distinga de otros sistemas de socialismo. Los soviéticos están ocupados en el vasto empeño administrativo de hacer que funcione de forma tranquila y exitosa, sobre un territorio tan extenso que ocupa una sexta parte de la superficie de la Tierra, toda una nueva serie de instituciones sociales y económicas. Los procedimientos siguen variando rápidamente para ajustarse a las circunstancias. Estamos asistiendo al mayor grado de experimentalismo y empirismo jamás intentado por unos administradores desinteresados. En este sentido los Webbs nos han permitido contemplar la dirección en la que parecen moverse las cosas y hasta dónde han llegado de momento»⁷².

Por su parte, Trotsky (1936) —a quien Sidney y Beatrice habían llegado a conocer personalmente⁷³— fue entre los críticos uno de los más feroces, y dedicó el

⁷² KEYNES (1982[1936], página 334) terminaba su alusión a la obra de los Webb con un deseo ciertamente contradictorio: «El libro me deja con un fuerte anhelo de que nosotros en este país [el Reino Unido], sepamos descubrir cómo combinar una disposición ilimitada para experimentar cambios en nuestros modos y en nuestras instituciones políticas y económicas, [...] con la preservación de la tradición y una especie de conservadurismo cauteloso, que atesore toda la experiencia vivida por el género humano».

⁷³ En abril de 1929, estando de vacaciones en Estambul y cuando el crac de 1929 aún no había tenido lugar, los Webb se entrevistaron en francés durante un par de horas con el exilado Trotsky. Les resultó un hombre agradable, que parecía más «un músico intelectual que un organizador de la guerra y la revolución». Trotsky rehusó hablar de Rusia y llevó la conversación exclusivamente al tema de la inevitabilidad de una revolución mundial, o más bien su deseabilidad, pues reconoció que parecía que «el capitalismo estaba encontrando un nuevo equilibrio en los Estados Unidos y Europa», en cuyo caso el comunismo soviético fracasaría en Rusia, incapaz de resistir frente a una organización capitalista hostil y con un éxito vigoroso en el resto del mundo. En cualquier caso, Beatrice consideraba que Trotsky, más allá de «su educado intelectualismo [tenía] la mente cerrada de un fanático» (WEBB, 1985, páginas 165-166).

⁶⁸ Una síntesis del debate sobre el cálculo económico en SCREPANTI y ZAMAGNI (1997, páginas 288-292).

⁶⁹ WEBB (1947[1935], páginas 541-548).

⁷⁰ WEBB (1947[1935], páginas 561-568).

⁷¹ En el apartado III de dicho capítulo, Keynes se mostraba contrario a un socialismo de Estado que —como propietario de los medios de producción— abarcara la mayor parte de la vida de la comunidad. Además, defendía las ventajas del individualismo y del ejercicio de la iniciativa y la responsabilidad privadas, tales como la eficacia, la libertad personal y la variedad de la vida.

apéndice II de *La revolución traicionada* a comentar el libro de los Webb: «en vez de decir lo que se ha hecho [...], emplean 1.500 páginas en exponer lo que se proyecta en oficinas o se promulga en leyes» partiendo de los «informes de la cancillería moscovita». Para Trotsky, tanto Beatrice como Sidney —que había aceptado el título de Lord Passfield y el cargo de ministro de colonias o «jefe de carceleros del imperialismo inglés»— eran meros «propagandistas [...] de la respetabilidad tradicional y de la sumisión al hecho», que, considerando la revolución rusa «una niñería desprovista de sentido», habían llegado «sin renunciar a nada y sin contradecirse, al socialismo en un sólo país y, por otra parte, en un país extranjero». Para colmo, se permitían «reconocer sin reservas la “democracia estalinista”»⁷⁴.

5. Conclusión

La actitud final de Beatrice y Sidney Webb como activos propagandistas del régimen soviético —que culminó con la publicación de *Comunismo soviético: ¿una nueva civilización?* (1935)— ejemplifica una tendencia muy común entre los llamados intelectuales de izquierda en los años treinta, al igual que su viaje a la Unión Soviética encaja perfectamente en el prototipo de peregrinación política de la época.

Sin embargo, su caso *no* es uno de tantos por dos razones. En primer lugar, porque —como se ha visto— Beatrice partía de una posición radicalmente contraria al marxismo, la revolución rusa, los bolcheviques e incluso la idea de planificación. De hecho, su tardía «conversión» al comunismo al comienzo de los años treinta, previa a su viaje a Rusia, resulta difícil de explicar incluso en función de su necesidad de un credo por el que vivir o de

su desencanto frente al laborismo en un momento de grave crisis del capitalismo. La citada «conversión» sorprende no sólo porque chocaba frontalmente con su ideario fabiano original, sino también por su rapidez y sobre todo por su firmeza: los Webb continuaron apoyando el experimento socioeconómico soviético incluso después de las horribles purgas estalinistas y de la firma del pacto nazi-soviético; dicha actitud crearía importantes disensiones internas dentro del socialismo fabiano, lo que a la postre, unido a otra serie de razones, acabaría conduciendo a la desintegración del fructífero movimiento fabiano.

En segundo lugar, Sidney y Beatrice eran figuras muy respetadas e influyentes tanto dentro del movimiento socialista europeo y del ámbito de las ciencias sociales en general, como en la sociedad británica en particular⁷⁵. No cabe duda de que su transformación final en ciegos propagandistas de la URSS, poniendo incluso en cuestión su propia integridad intelectual, fue un auténtico triunfo para el estalinismo, que pudo aprovecharse así de la ascendencia del matrimonio Webb en la izquierda europea más moderada en virtud de su sólida trayectoria previa, basada en la apuesta por el reformismo gradualista y el respeto hacia el sistema parlamentario convencional.

En cualquier caso, lo que hace más llamativa la visión final de Beatrice sobre la URSS es el contraste con las impresiones de otros intelectuales amigos suyos cercanos al fabianismo, como Russel, Wells y Keynes, que visitaron Rusia en los años veinte. Al margen de su valoración de la situación económica (la cual cambió mucho en una década), todos ellos se mostraron intransigentes ante la falta de libertad política y de opinión y el clima de terror y sospecha, aspectos que no hicieron más que

⁷⁴ Para Trotsky no cabía achacar esto al candor o la ingenuidad de los Webb, que —según él— también negaron Engels y Lenin. Éste último, de acuerdo con Trotsky, detestaba a los burgueses conservadores que se imaginaban ser socialistas, y calificó a los Webb de «estúpidos apologistas de la mediocridad pequeño-burguesa» y de «lacayos de la burguesía».

⁷⁵ Según HOLLANDER (1981, página 152), la influencia de los Webb siguió dejándose notar en las décadas posteriores y fue particularmente importante en el Reino Unido, donde el matrimonio formaba parte del «Establishment» o clase dirigente (como lo demuestra el hecho de que fueran enterrados en la abadía de Westminster junto a otros grandes hijos de la nación).

empeorar a partir del afianzamiento de Stalin en el poder a finales de los años veinte. Beatrice fue plenamente consciente de ello, pero acabó estando dispuesta a disculparlo como un mal necesario e inevitable —en todo caso transitorio— para la construcción de una nueva y superior civilización.

Referencias bibliográficas

- [1] AMIS, M. (2004): *Koba el terrible*, Madrid: Anagrama.
- [2] BESANT, A. (1985): «La actividad económica en el socialismo» [1889], en *Ensayos fabianos. Escritos sobre el socialismo*, Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, páginas 163-179.
- [3] BEUMELBURG, E. (ed.) (1998): *Beatrice Webb. Pilgerfahrt nach Moskau: die Reise einer Fabierin in die Sowjetunion Stalins*. Passau: Karl Stutz.
- [4] CASTILLO, J. J. (1999): «Beatrice Webb: la Sociología del Trabajo entre dos siglos», *Política y Sociedad*, número 32, páginas 195-205.
- [5] CASTILLO, J. J. (2001): «Pasión y oficio: Beatrice Webb en la fundación de la sociología», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, número 93, páginas 183-187.
- [6] CASTILLO, J. J. y CASTILLO, S. (2004): «Los Webb: de la democracia industrial a la democracia política», estudio preliminar a WEBB, S. y WEBB, B., *La democracia industrial* [1898], Madrid: Biblioteca Nueva, páginas XI-XXXII.
- [7] CAUTE, D. (1988): *The Fellow Travellers: Intellectual Friends of Communism*, New Haven: Yale University Press.
- [8] CICALLELLI, J. y CICALLELLI, J. (2003): *Distinguished Women Economists*, Westport: Greenwood Press.
- [9] CLARKE, W. (1985): «Industrial» [1889], en *Ensayos fabianos. Escritos sobre el socialismo*, Madrid, Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, páginas 87-122.
- [10] DIMAND, R. y FORGET, E. L. (2000): *A Biographical Dictionary of Women Economists*, Cheltenham: Edward Elgar.
- [11] DOBBS, Z. (1969): *Keynes at Harvard*, Nueva York: Probe Publishers.
- [12] DURBIN, E. (1988): «Socialismo fabiano y ciencia económica», en PIMLOTT, B. (ed.), *Ensayos fabianos sobre pensamiento socialista*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, páginas 63-84.
- [13] EGIDO, M.ª Á. (1988): «Del paraíso soviético al peligro marxista: la Unión Soviética en la España Republicana (1931-1936)», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, número 10, páginas 139-154.
- [14] GUTIÉRREZ, M. M. y JIMÉNEZ, F. (1985): «El socialismo fabiano», Introducción a la edición española de *Ensayos fabianos. Escritos sobre el socialismo*, Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, páginas 15-30.
- [15] HARRISON, R. (1987): «Sidney and Beatrice Webb», en LEVY, C. (ed.), *Socialism and the Intelligentsia, 1880-1914*, Londres: Routledge and Kegan Paul, páginas 35-89.
- [16] HOLLANDER, P. (1981): *Political Pilgrims: Travels of Western Intellectuals to the Soviet Union, China, and Cuba, 1928-1978*, Nueva York: Oxford University Press.
- [17] HUTCHINSON, T. W. (1967), *Historia del Pensamiento Económico, 1870-1929* [1953], Madrid: Gredos.
- [18] JOHNSON, P. (2008): *Intelectuales*, Madrid: Homolegens.
- [19] KERSHAW, A. (2006): «French and British Female Intellectuals and the Soviet Union. The Journey to the URSS, 1929-1942», *E-rea [Revue électronique d'études sur le monde anglophone]*, 4 (2), páginas 62-72 <www.e-rea.org>.
- [20] KEYNES, J. M. (1982): «A Talk for the B.B.C.'s Books and Authors Series» [1936], en *The Collected Writings of John Maynard Keynes. Volume 28: Social, Political and Literary Writings*, editados por Donald Moggridge, Londres: Macmillan - Cambridge University Press, páginas 328-335.
- [21] KEYNES, J. M. (1988): «Breve panorama de Rusia» [1925], en *Ensayos de persuasión*, Barcelona: Crítica, páginas 257-274.
- [22] KRIVOKAPICH, M. (1994): *In Pursuit of the Ideal Society: H. G. Wells and Russia*, Thesis, History Department, McGill University, Montreal.
- [23] LAQUEUR, W. (2003): *Stalin: la estrategia del terror*, Barcelona: Ediciones Vergara.
- [24] MACKENZIE, N. (1969): *Breve historia del socialismo*, Barcelona: Labor.
- [25] MANUEL, F. E. y MANUEL, F. P. (1981): *El pensamiento utópico en el mundo occidental. Volumen III: La utopía revolucionaria y el crepúsculo de las utopías (siglos XIX-XX)*, Madrid: Taurus.
- [26] MUTTERIDGE, K. y ADAM, R. (1967): *Beatrice Webb: A Life, 1858-1943*, Londres: Secker & Warburg.
- [27] PARTINGTON, J. S. (2008): «H. G. Wells: A Political Life», *Utopian Studies*, 19 (3), páginas 517-576.
- [28] POLKINGHORN, B. y LAMPEN, D. (1998): *Adam Smith's Daughters*, Cheltenham: Edward Elgar.
- [29] RAMOS, J. L. (2007): «Beatrice Webb y el socialismo fabiano», en PERDICES, L. y GALLEGU, E. (coords.), *Mujeres economistas*, Madrid: Ecobook, páginas 197-229.
- [30] RAYFIELD, D. (2003): *Stalin y los verdugos*, Madrid: Taurus.
- [31] REES, E. A. (2007): «Intellectuals and Communism», *Contemporary European History*, 16 (1), páginas 137-146.
- [32] RÍOS, F. DE LOS (1970): *Mi viaje a la Rusia soviética* [1921], Madrid, Alianza.
- [33] RUSSELL, B. (1920): *The Practice and Theory of Bolshevism*, Londres: George Allen & Unwin [esta edición está dis-

ponible en línea: Proyecto Gutenberg <http://www.gutenberg.org/files/17350/17350-h/17350-h.htm>].

[34] SCREPANTI, E. y ZAMAGNI, S. (1997): *Panorama de historia del pensamiento económico*, Barcelona: Ariel.

[35] SEYMOUR-JONES, C. (1993): *Beatrice Webb: Woman of Conflict*, Londres: Pandora.

[36] SHAW, B. (1985): «Económico» y «Transición» [1889], en *Ensayos fabianos. Escritos sobre el socialismo*, Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, páginas 33-55 y 183-207.

[37] SKIDELSKY, R. (1998): *Keynes*, Madrid: Alianza Editorial.

[38] SKIDELSKY, R. (1999): «Doing Good and Being Good», *Times Literary Supplement*, viernes 26 de marzo.

[39] STIGLER, G. (1979): «Bernard Shaw, Sidney Webb y la teoría del socialismo fabiano» [1965], en *Historia del Pensamiento Económico* [1965], Buenos Aires: El Ateneo, páginas 163-173.

[40] TAWNEY, R. H. (1957): «Beatriz Webb», *Revista de Economía Política*, VIII, enero-abril, páginas 223-254.

[41] THOMPSON, N. (1994): «Hobson and the Fabians: Two Roads to Socialism in the 1920s», *History of Political Economy*, volumen 26, número 2, páginas 203-220.

[42] TROTSKY, L. (1936): *La revolución traicionada*, disponible en texto completo en http://www.geocities.com/trotskyisigloxxi/Traicionada/Revolucion_Traicionada.htm

[43] WALLAS, G. (1985): «La propiedad bajo el socialismo» [1889], en *Ensayos fabianos. Escritos sobre el socialismo*, Ma-

drid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, páginas 147-162.

[44] WEBB, B. (1985): *The Diary of Beatrice Webb. vol. 4: 1924-1943. The Wheel of Life*, editado por Norman y Jeanne MacKenzie, Londres: Virago-LSE.

[45] WEBB, S. (1985): «Histórico» [1889], en *Ensayos fabianos. Escritos sobre el socialismo*, Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, páginas 57-85.

[46] WEBB, S. y WEBB, B. (1923): *The Decay of Capitalist Civilisation*, Nueva York: Harcourt Brace & Co., Nueva York.

[47] WEBB, S. y WEBB, B. (1947): *Soviet Communism: A New Civilisation* [1935], edición en un volumen, Londres: Longmans, Green & Co.

[48] WEBB, S. y WEBB, B. (1978): *The Letters of Sidney and Beatrice Webb. Volumen III: Pilgrimage 1912-1947*, editadas por Norman MacKENZIE, Cambridge y Londres: Cambridge University Press-LSE.

[49] WEBB, S. y WEBB, B. (1990): *Historia del sindicalismo* [1894], Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

[50] WEBB, S. y WEBB, B. (2004): *La democracia industrial* [1898], Madrid: Biblioteca Nueva, edición de J. J. Castillo y S. Castillo.

[51] WELSS, H. G. (1920): *Russia in the Shadows*, Londres, Hodder and Stoughton.

[52] WELLS, H. G. (1934): «Entrevista a José Stalin», disponible en línea en Marxists Internet Archive <http://www.marxists.org/espanol/stalin/1930s/1934-wells.htm>

[53] WELLS, H. G. (1984): *Experiment in Autobiography* [1934], 2 volúmenes, Londres: Faber & Faber.




**INFORMACIÓN
 COMERCIAL
 ESPAÑOLA**
en
INTERNET



www.revistasICE.com